

Sandra Ovies Fernández

Los Viajes de Miguelito

Un libro para leer hoy, mañana y siempre

Prólogo de Viviana Rivero

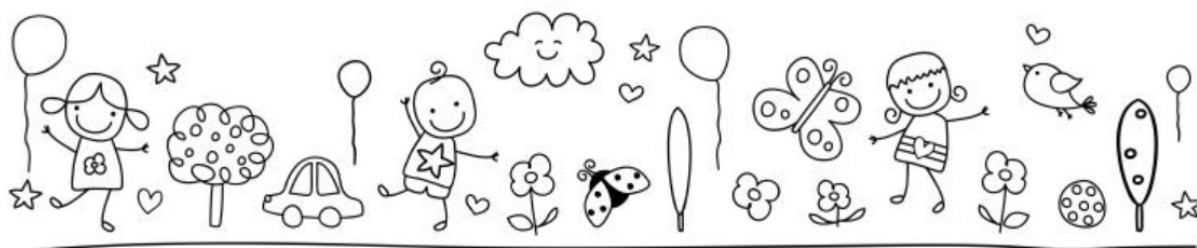
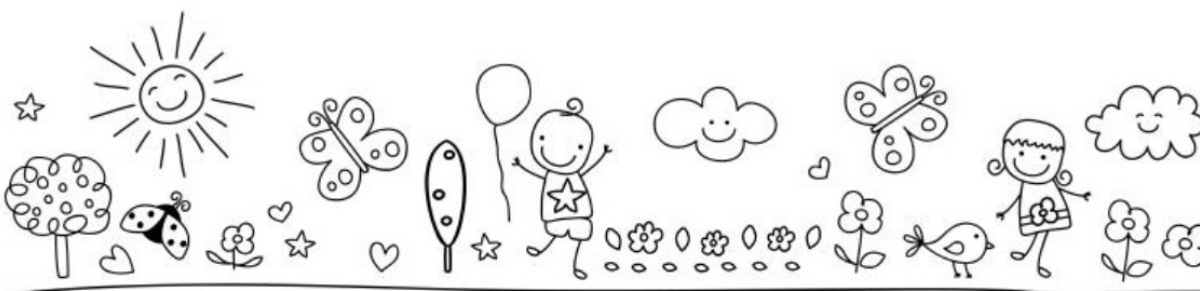
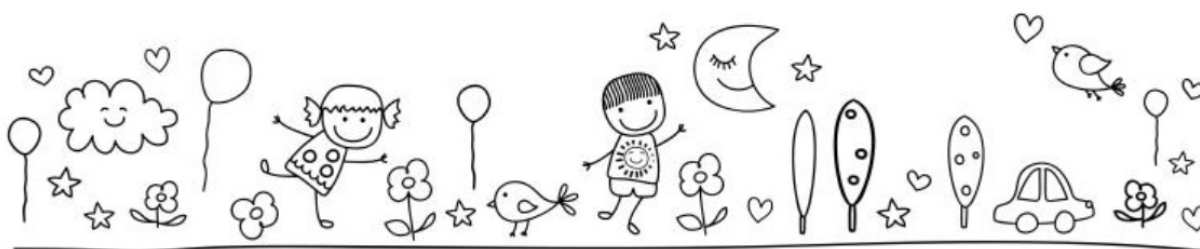


Con la colaboración
de
Frank Pedreno
Lydia Valledor
Anniabetsy Santos

Libro solidario
Colabora con la
Fundación Aladina, y
la Asociación
Portucat con la
compra de este libro

«El Hada Acaramelada, de pequeña atolondrada, pues soñaba con ser Hada de cucurucho y varita. Su madre doña Rosita, dándole beso tras beso, le dijo: ¡Nada de Hada, que ya no se lleva eso!».

Gloria Fuertes



ÍNDICE

Prólogo

Miguelito y el extraño objeto

Guillermo y los músicos de Bremen

Miguelito y el duende de la música

Miguelito y el señor Cifuentes

Miguelito se va a África

Miguelito llega a África

Miguelito va a la escuela

El disgusto de Miguelito

Miguelito y la solidaridad

Miguelito va por agua

Miguelito se va de África

Miguelito y la infancia

Rodolfo y el gato Pirracas

Miguelito y Cattleya

Miguelito y la isla de Cuba

Miguelito y la isla misteriosa

La emoción de la abuela María

La receta de la prima Susana

La esperanza en los niños

Infancia

Había una vez un libro

Mi querida escuela

No me quiero casar, soy una niña

Infancia sin trabajo infantil

Indispensable para la vida

Nota de la autora

Colaboradores

La autora



La autora desarrolla con maestría una obra deliciosa en donde nos adentra de manera sutil al mundo de las necesidades de los niños en el tercer mundo. Se trata de un libro cuyas historias nos hacen conectar de inmediato con los dones que como seres humanos llevamos dentro para ayudar a otros. Se trata de una obra repleta de relatos divertidos, dulces, tiernos y a la vez crudos. Una encantadora manera de hacernos conocer realidades duras,

y distintas a las nuestras, que a su vez nos hacen valorar lo que tenemos. El entrañable personaje Miguelito, un niño occidental, descubre de la mano de Rodolfo, su gato, como es el diario vivir de los niños africanos; lo hace insertándose en esa cultura, conviviendo con ellos y describiéndonos interesantes y también tremendos detalles.

Un libro para niños y adultos, para disfrutar en familia, o para leerlo cuando estamos solos, y andamos buscando respuestas profundas acerca de donde podríamos ser útiles, o para qué estamos en este mundo; porque cada pequeña historia de este ejemplar va elevando nuestro espíritu hasta hacernos reencontrar con nuestro yo íntimo. Un relato que no nos deja con el dolor adentro, sino que nos muestra el camino de salida. Nos hace preguntas y a la vez nos da respuestas. Descripciones para disfrutar, para crecer, para aprender y conocer, para ser mejor persona. Ideal para enseñar a nuestros pequeños las distintas realidades que viven los niños de otros continentes.

Sandra Ovies nos ha dejado un compendio de sabiduría, para leerlo hoy, mañana y siempre. Porque las necesidades de los seres humanos siempre existirán, pero también existirán las personas que tomaran la posta y buscaran soluciones.

Amor universal, costumbres ancestrales, belleza natural, solidaridad, pulsión de vida, persecución de sueños. Todas palabras se le harán carne al lector a medida que avance en la lectura.

Viviana Rivero



Miguelito, a sus siete años, vive pegado a la tablet, teléfono móvil, ordenador o cualquier aparato electrónico.

Miguelito vive con sus padres y su hermanita Raquel, de ocho meses, en una bonita casa a las afueras de la ciudad, y tiene un compañero inseparable, su gato Rodolfo. Rodolfo llegó a la familia cuando Miguelito cumplió un año. Fue el regalo de la abuela María y a la mamá de Miguelito no le hizo ninguna gracia, pero ahora es un miembro más de la familia. Por regla general, Miguelito es un niño tranquilo, sociable y bien educado. No tiene la nariz metida en el teléfono móvil de continuo como sus amigos, de vez en cuando habla, levanta la cabeza, sale a jugar al jardín con Rodolfo y sociabiliza, pero una tarde hace un descubrimiento que cambiara su vida...

La mamá de Miguelito había invitado a merendar a unas señoras de la Asociación para Ayudar en África, para organizar la gala benéfica para recaudar fondos. A las 17:30 horas, Miguelito estaba ataviado con traje, pajarita y aleccionado por su mamá de no utilizar ningún aparato electrónico durante la merienda. Tenía que estar quieto, callado, sonriente y encantador con las señoras que no tardarían en invadir su casa. Y la invasión comenzó, el timbre no paraba de sonar; Rosaura no daba abasto a acomodar a las visitas y traer las bandejas repletas de dulces desde la cocina. Miguelito se sentía tan fuera de lugar que buscaba el apoyo de su incondicional amigo Rodolfo, pero su madre lo había encerrado en el jardín trasero. Todo eran aspavientos, pellizcos en las mejillas y besos de señoras, que a los ojos de Miguelito, eran horrendas y sonaban como las cacatúas que había visto el otro día en la visita que su clase había hecho al zoológico.

«¿Cómo te llamas? ¿Cuántos años tienes? ¿Qué tal en el colegio?», y así una tras otra se repetían las mismas preguntas. Miguelito estaba harto de lo que él consideraba preguntas estúpidas. Ser un niño no significaba ser idiota. De repente se acordó que había logrado esconder el

teléfono móvil de su madre cuando esta salió un momento del salón para dar indicaciones a Rosaura. Miguelito lo sacó del bolsillo trasero del pantalón, y todo tuvo sentido. Hipnotizado por la pantalla, Miguelito, ni veía, ni escuchaba nada de lo que sucedía a su alrededor. Fue una suave caricia y la severa mirada de su madre lo que hizo que apartara la vista del teléfono. Con dulzura, su madre lo tomo por los hombros y con voz severa lo envió al piso de arriba quitándole el teléfono.

Miguelito se sentía desamparado en su habitación, sin ordenador, tablet, ni teléfono. Comenzó a dar vueltas por la habitación con las manos en los bolsillos sin saber qué hacer. Un sonido de arañazos que parecía llegar de la ventana hizo que se volviera y viera a su fiel amigo peludo, Rodolfo, pedirle que lo dejara entrar. Nada más abrir la ventana, Rodolfo se lanzó a los brazos de su joven amigo para saludarlo y dejarse caer en el suelo para echar a correr en dirección al desván. Miguelito siguió a su fiel amigo. El desván era un lugar amplio y ordenado con una gran claraboya en el techo. Los ojos de Miguelito se extrañaron al ver la pared que estaba vestida con una enorme estantería repleta de unos objetos extraños. Con curiosidad Miguelito cogió uno de aquellos objetos y comenzó a mirarlo sin saber qué hacer. No era táctil, no tenía para enchufarlo y al tocarlo era blando, lo abrió y había hojas finas que contenían dibujos, letras, y mapas. Desprendía un olor raro y desconocido para Miguelito; le agradó esa sensación. Era algo nuevo y distinto para él, tener ese extraño objeto entre las manos. Unos pasos en las escaleras alertaron a Miguelito, era su abuelo Claudio.

Miguelito, con el extraño objeto entre las manos, miró aliviado hacia las escaleras al comprobar que era su abuelo quien entraba en el desván. No quería otra reprimenda más de su madre.

—Abu, he encontrado esto, señalando la estantería y el objeto que tenía entre las manos.

—Has encontrado mi tesoro. Has hecho un gran descubrimiento. Son libros.

—¿Y para qué sirven?

—Son unos excelentes amigos que nunca te fallan. Te permiten viajar, conocer lugares y gente. Aprendes cosas nuevas y alimentan la imaginación.

Miguelito miró con ojos incrédulos a su abuelo, era imposible que aquel extraño objeto hiciera todo aquello. Justo cuando iba a preguntarle a su abuelo que era aquello que tenía en las manos con mapas, acertó a leer en su portada Atlas de África .; la voz enfadada de su madre lo interrumpió. Claudio con presteza tiró de Miguelito hasta las escaleras, seguidos por Rodolfo, al tiempo que a Miguelito se le caía el libro de las manos. Con curiosidad, Miguelito miró el libro tirado en el suelo y con una media sonrisa le dijo, «un hasta pronto». Tenía que comprobar que lo que le había dicho su abuelo de aquellos extraños objetos, llamados libros, era cierto.



Miguelito sabía que ese día por la tarde su mamá tenía visita de su amiga Piluca. Una mujer delgada como un fideo y con un color de pelo amarillo que, a Miguelito le